

CINE

Tercera semana en la que el lote de estrenos es desolador. De trece películas estrenadas en Madrid, ni una sola merece la pena. De la comedia italiana a las películas "S", pasando por el sempiterno español, la cartelera continúa sin ofrecer una obra interesante. Parece que con el mes de marzo la cosa mejorará. Al menos se estrenará Superman, que siempre será interesante si quiera por su superlanzamiento, tan típico de las producciones americanas, que ya antes de su estreno consiguen crear una expectación considerable.

Siguiendo con Madrid —hay un tipo de centralismo imposible de superar por el momento—, anotemos que dos teatros —Arni-ches y Benavente—, que dejaron de serlo para ofrecer películas, no han aportado nada para los aficionados —y menos aficionados, que son felizmente los más— al cine. Se limitan a las películas "S" y cuando salen de ellas, como es el caso del primero, no se les ocurre otra cosa que poner "Don Camilo", una película basada en la famosa novela de Guareschi y que los censores que ahora ya no lo son, pero siguen cobrando, nos prohibieron sin que se les haya caído la cara de vergüenza. En cierta forma es una película eurocomunista, porque recordemos que se trata de la historia de un cura y un alcal-

de comunista de cualquier pueblo italiano, que discuten, pero son amigos.

En fin, el que quiera ver buen cine, que aproveche lo que de aceptable le ofrezca ese espantoso aparato llamado televisión, y aquel que viva en ciudades con Filmoteca o cines que organizan ciclos, vuelva a ver por segunda, tercera o cuarta vez —por primera si se lo perdió en su tiempo— los títulos de siempre. Todo sin caer, sin travestirse en rata cinéfila, en habitual bicho raro de filmoteca, que es algo que no merece la pena y hasta deforma físicamente.

"Fuerza 10 de Navarone"

Dentro del género bélico hay películas que cuentan historias de aventuras. En ellas, independientemente de los hechos de guerra en los que esas aventuras transcurren, se puede encontrar elementos que bien estructurados, bien narrados, consiguen atraer la atención del espectador. El resultado suele ser divertido y ameno. Recordada con muchos años de distancia, eso ocurría con "Los cañones de Navarone". No pasa lo mismo con "Fuerza 10 de Navarone", de Guy Hamilton. La repetición en el título del nombre Navarone parece que pretendiera aprovechar el ya lejano éxito comercial de la primera. Sin embargo, nada tienen que ver entre sí, a excepción de la referencia, que

"Fuerza 10 de Navarone", de Guy Hamilton.



"Tabú", de Sjöman.

al principio se hace a la hazaña de la destrucción de los cañones. La hace el general que ordena al grupo Fuerza 10 que emprenda una nueva misión.

La misión del comando es destruir un puente en Yugoslavia por el que los alemanes tienen intención de pasar para masacrar a los grupos de resistencia. En el mismo avión viajan dos hombres, cuya obligación es matar a un alemán infiltrado entre los partisanos. Y de paso, un médico negro, desertor del ejército yanqui. Lógicamente sólo consiguen llegar con vida el jefe del grupo Fuerza 10 y los tres invitados. Los cuatro vivirán una serie de peripecias que culminarán con la destrucción de una presa próxima al puente.

Hay momentos verdaderamente entretenidos. Pero sólo momentos. Porque los peligros que el grupo sortea muchas veces son irreales e increíbles, faltos de toda lógica. No hay intriga, no hay acciones espectaculares y es difícil mantener el interés a pesar de lo bien conseguido de algún personaje, como es el caso del dinamitero.

Por supuesto —es una película británica—, en ningún momento se analiza la guerra o la resistencia partisana. Estas sólo sirven como telón de fondo. Igual podían ocurrir los hechos en una guerra contra los chinos o contra seres extraterrestres, por poner dos ejemplos.

La realización de Hamilton es de telefilm. Se nota además que no ha tenido muchos medios. Sólo las escenas finales, cuando destruyen la presa, tienen cierta

espectacularidad, cierta acción bien conseguida y contada con ritmo. Es más bien poco. ■ EUGENIO LUQUIN.

"Tabú"

Un abogado sueco se especializa en clientes con problemas por sus particularidades erotófilas. Este abogado es un señor moreno, que siempre tiene una cara muy triste, muy triste. Sufre mucho el hombre. De pronto, una intrépida muchacha con cara de lela y sonrisa de anuncio de chicle se entremete en su vida. Al final se acaban casando. Es un calvario el matrimonio para la pobre mujer. A pesar de ver cada día a clientes de lo más raro —señores que les gusta acariciar sus partes mientras les hacen una foto, ejecutivos que se privan por los trapitos, travestis homosexuales, travestis heterosexuales, sádicos, masoquistas y un largo etcétera—, ella no se acostumbra a que su marido sea también un tanto especial. Pero al final acepta que se ponga la peluca color platino.

Esta es la historia. No es ni siquiera un porno. No merece ocuparse de ella. Pero ocurre que el anuncio de la película tiene mucha trampa. La califican como política cuando no lo es. Y luego dicen que Sjöman, el realizador, ha hecho un film en defensa de las minorías sexuales. Tampoco es cierto. Es una mediocridad nórdica, aburrida, confusa, reiterativa e insoportable. Sólo queda señalar que trabaja Viveca Lindfors y a la pobre